

J. E. RUIZ DOMÈNEC

UNA MIRADA SOBRE DUBY

UNA MIRADA SOBRE EL HOMBRE Y SU OBRA

Duby no temía ese gesto, al menos hasta 1986. En su ensayo *Le plaisir de l'historien*, citando a Claude Simon, escribe sobre la inquietud que observa al verse a sí mismo sujeto de la historia. Se siente insatisfecho (le cito casi textualmente) por haber cedido a la tentación de hablar de sus padres, de su infancia, de su juventud en un liceo de París, de sus vivencias en una guardilla sobre el Ródano cuando comenzó sus estudios en Lyon, del azar que tanto hizo por él, de sus amigos, del paisaje provenzal, de sus sueños. Dominado por esa insatisfacción, no duda en invitar a *«quelqu'un plus tard cherche à s'informer de ce que fut en France, dans le deuxième tiers du XXème siècle, le métier d'historien, qu'il critique sévèrement ce témoignage»*.

Al leer de nuevo las palabras de quien está convencido de que permanecerá tras su muerte en la memoria de la posteridad, me doy cuenta de muchas cosas que no había visto antes, como no se suelen ver los objetos demasiado conocidos. Sobre todo me doy cuenta de la advertencia lanzada a todos aquellos que aspirasen a comprender el papel por él jugado en la cultura de nuestro siglo. No todos los hombres llegan hasta ese límite extre-

mo de ser considerados protagonistas de la Historia, y por tanto de que su vida se analice como la de los personajes que ellos mismos estudiaron. En el caso de Duby percibo claramente tres momentos, tres itinerarios, más un epílogo, que afectan por igual a su trabajo como al contenido de su vida personal.

PRIMER MOMENTO (1937-1953)

Noviembre de 1937, Duby ingresa en la Facultad de Letras de Lyon: allí conoce a André Allix y a Jean Déniau, el medievalista que le puso en contacto con Charles-Edmon Perrin, profesor de la Sorbona, conocido tanto por su bondad como por su sobria erudición. Fue precisamente Perrin quien le convenció para que cambiara el tema de su tesis de Estado sobre la condición social del artista medieval por uno más en consonancia con ese tipo de trabajos y quizás también más eficaz para su formación como medievalista. Aquel cambio de orientación le llenó de una inesperada tranquilidad: pasó varios años leyendo el *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny* en la vieja edición de Augustin Bernard y Alexander Bruel, sin atender más que a su propia inspiración, afanándose por encontrar una explicación a aquellos seis gruesos volúmenes que tenía ante sí, como si quisiera responder al reto que supuso para la escuela histórica francesa el libro de Marc Bloch *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931) donde la historia se abrió definitivamente a la geografía.

En 1952 presentó la tesis en la Sorbona. Era un trabajo férreamente académico, sólido, sin fisuras, del que siempre se sintió orgulloso, pues Duby creía en la disciplina y aconsejaba mantenerse dentro de ella, aunque tuvo sus detractores como el «*vieux dragon grincheux*», Louis Halphen. La tesis dio lugar a un libro importante cuyo título, *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise* (1953), habla por sí solo de sus objetivos tan cercanos a las tesis de Marc Bloch, convertido por entonces en su verdadero maestro y mentor. Se trataba de seguir la implantación del sistema feudal en una región del noreste de Francia ex-

cepcionalmente rica en documentación gracias a la existencia de grandes centros monásticos. El almacén social de la aristocracia y la explotación del suelo dominan sobre los aspectos puramente económicos. Un estudio de larga duración, pero también un modelo regional basado en la única verdad posible para el historiador: la verdad puramente positivista de los documentos. No obstante, aunque éste sea un análisis austero, tiene la misma fuerza explosiva que en otro tiempo tuvieron los trabajos de Marc Bloch o Lucien Febvre.

Duby era un verdadero historiador francés, pero no le bastaba para su satisfacción con seguir a los viejos maestros, quería conectar además con la nueva generación de los *Annales*, es decir, con Fernand Braudel, que por aquellos años ya había publicado su monumental trabajo sobre el Mediterráneo y era sin discusión el jefe de la escuela. Con aquella firme decisión de formar parte del grupo de los *Annales* y con su título de doctor recién conquistado, Duby comenzó su carrera como catedrático de Universidad, que le llevó por propia decisión, y gusto personal, a Aix-en-Provence.

SEGUNDO MOMENTO (1954-1978)

Aix-en-Provence, otoño de 1954. Duby, nada más instalarse en esa ciudad, comprende la necesidad de organizar el trabajo futuro. Acaba de cumplir los treinta y cinco años. Fue un tiempo de gran intensidad creadora. Busca una casa rodeada de montañas y recuerdos de aquella época que había decidido estudiar: ese paisaje *no le abandonaría nunca a lo largo de su vida*, y a él se retiraba siempre en los momentos de reflexión y cuando necesitaba escribir.

Que Duby busque transformarse en este momento es algo que a la vista de su situación puede presuponerse. El tránsito lo realiza al modo habitual en estos casos, durante tres años, en los que medita a fondo sobre el trabajo entendido como una *obra*, como si de una catedral gótica se tratara. Las meditacio-

nes de esos «tres años» quedaron reflejadas en un libro primerizo pero que sin embargo contiene sumariamente todo su pensamiento: *Historie de la civilisation française* (1958). Su alma de artista busca el modo de ejecutar esa obra, esa catedral interior, y lo hará a lo largo de veinte años, los que van de 1954 a 1978.

En primer lugar se preocupó por fijar la planta. Fueron sus investigaciones sobre agricultura medieval que le condujeron a publicar su libro *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval* (1962), donde se afirma que el trabajo campesino había construido una civilización, en su enorme esfuerzo por doblegar una tierra inhóspita, difícil, y consiguió insertar ese trabajo en un ritmo propiamente histórico, vinculado a las fluctuaciones de la economía y la climatología. El libro provocó un enorme interés por estos temas. Duby alcanzó reputación internacional, y se convirtió de la noche a la mañana en el gran especialista en agricultura, en el heredero más aventajado de Marc Bloch. Pero mientras se multiplicaban las reseñas de su libro (siempre llenas de elogios, incluso entre los grandes maestros de la materia: ingleses como Postan, alemanes como Abel, holandeses como Slicher Van Bath), él se dedicaba a meditar sobre los resortes del crecimiento económico europeo.

Este es el segundo momento de su trabajo, algo así como la fachada de esa «catedral» que iba construyendo. La oportunidad de escribir sobre el período inicial de la economía europea le llegó en 1970 cuando Carlo Cipolla le invitó a participar en *The Fontana Economic History of Europe*, cuyo texto muy pronto ampliaría al redactar uno de los volúmenes de la «Historia económica» de Charles Wilson: libro que Gallimard publicó en francés con el título que luego se hizo tan famoso: *Guerriers et paysans* (1973). Su interpretación de la economía europea de los siglos VII al XII resultó impactante. Leyó algunos comportamientos sociales como solían hacer por aquel entonces los antropólogos, mostrando su interés sobre territorios de la historia hasta ese momento nunca apreciados. Fue una interpretación revolucionaria, donde el pillaje y las conductas de regalo se convierten en los fundamentos de crecimiento de la época carolingia y postcarolingia y donde la acción de los guerreros se valo-

ra como el motor del crecimiento en las tierras de frontera. Mostró además la aparición del señorío, considerado el marco fundamental de la civilización europea. Se sentía como si viviera las acciones de la aristocracia postcarolingia en esa Europa salvaje de la que él siempre hablaba. Duby comprendía demasiado bien su actitud como para reprocharle sus maneras violentas de afrontar el reto de la naturaleza, motivado, si es posible decirlo así, por su sentido de humanidad y justicia. Pero puede que tratara más bien de una sorda lucha por los beneficios de la producción agrícola, por el excedente, un concepto que encontró en los trabajos de Althusser al que por entonces leía con atención, quizás con el objeto de entender mejor el legado marxiano. Porque quien le enseñó a comprender la formación del señorío territorial europeo fue Marx. Con él recorrió ese oscuro siglo XI y admiró en silencio los trabajos de roturación, el crecimiento demográfico, la irrigación y canalización del agua, y sobre todo el uso de la violencia (lo que los marxistas de entonces llamaban «coacción extraeconómica») para fomentar la producción agrícola.

Entre 1969 y 1973 (es decir, entre la versión inglesa y la versión francesa de ese libro) Duby fue considerado el medievalista más completo de su tiempo. Sus colegas lo supieron reconocer (así al menos me lo confesó en una ocasión Roberto López), pues junto a la buena acogida de *Guerriers et paysans* todos supieron valorar en su justa medida, tanto la sutil lectura de la guerra medieval que hizo en *Le Dimanche de Bouvines*, como el admirable artículo que publicó para la colección dirigida por Jacques Le Goff *Faire le Histoire*, y que tituló *Histoire sociale et idéologie des sociétés*. Con esos trabajos, se adentró con decisión en el difícil territorio de la ideología y de la producción cultural, arte incluido.

Pero para entonces había dejado la Universidad de Aix, muy castigada como todas las demás universidades europeas tras el Mayo del 68, y se había instalado en París, en el Collège de France, ingresando el mismo año que Michel Foucault y Raimond Aron. El discurso de entrada, leído el 4 de Diciembre de 1970, lleva por título *Des sociétés médiévales* (1970): se trata de un

pequeño y brillante folleto que muy pronto se convertiría en una reliquia buscada, quizás por eso se apresuró a publicarlo la revista *Annales*, queriendo indicar así que Duby les pertenecía, era un miembro más de su escuela (algo que él nunca aceptó del todo). En ese programa de intenciones emergen a primer plano sus planteamientos sobre la ideología y el arte medieval. De ese modo su trabajo para Albert Skira se convirtió en el centro mismo de toda la obra, como son los arbotantes en una catedral gótica. Algo que comprendió de inmediato Pierre Nora al publicarlo como libro en Gallimard: *Le Temps des cathedrales* (1976).

Duby aceptó el reto de su viejo amigo Nora, incluso de buen grado, porque por aquellos años estaba convencido de que el principio y el fin de cualquier investigación sobre Edad Media es la explicación del nacimiento de la obra de arte. Pero a diferencia de John Ruskin, su más célebre antecesor y de quien además tomó prestado el título de la obra, él apreciaba el arte porque le recordaba el mundo de la vida medieval. Por eso decidió interpretar el fenómeno artístico en su obra más personal, la más debatida: *Saint Bernard. L'art Cistercien* (1976).

El objetivo que se propuso demostrar es el siguiente: a comienzos del siglo XII se produjo una apreciación nueva y revolucionaria sobre el trabajo agrícola y la obra de arte. Ese fenómeno le cautivaba desde hacía muchos años, y ya había estudiado a fondo ambos aspectos, pero lo había hecho por separado. Ahora comprueba como los cistercienses supieron unir las transformaciones agrícola y la obra de arte. ¿Por qué y cómo lo hicieron? El trabajo de las granjas cistercienses culmina en un ritual festivo que conduce a la construcción de la iglesia, receptáculo de sus desvelos, de sus sueños, «*refoulement de la nuit*». El paisaje es una respuesta del alma humana (una idea que me recuerda las investigaciones del insigne geógrafo Yi-Fu Tuan). San Bernardo y los que le siguieron veían la vida como un camino de perfección basado en el trabajo agrícola y en su «transformación» festiva que daba lugar a la obra de arte. El tiempo de la vida se convirtió como hacían los cluniacienses. Frente a la terrible agresividad del arte románico se levanta la obra de arte risueña,

maternal, del cisterciense, que en cierto modo anuncia el gótico. La renovación del trabajo agrícola y de la obra de arte son también dos maneras de hablar de la belleza. Cuando San Bernardo dice que tal o cual cosa debe hacerse significa que tiene una razón estética que lo legitima, pues él es el teórico que anuncia una nueva época en medio de una crisis sin precedentes en el mundo medieval.

Para entender este libro es preciso remitir a la larga investigación que en esos años había elaborado como base de sus lecciones de cada jueves en el Collège de France y que dio lugar a un libro cuyo título era toda una provocación: *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme* (1978). Así era como él solía sincronizar su trabajo. Este es el libro fundamental de toda su producción: algo de lo que él mismo fue consciente siempre. Se trata de su trabajo más importante, y de la culminación de su obra esbozada en 1954. La clave de la bóveda del edificio que había construido durante más de veinte años. No es un libro fácil de entender. Está lleno de inquietantes metáforas (eclipse, revelación, miedo social, adopción, superioridad), y su construcción ya no recuerda los planteamientos estructuralistas de Le Goff o de Dumèzil (a los que sin embargo cita con devoción): recuerda más a Henry Corbin y sus especulaciones sobre el templo interior y la imaginación creadora.

Se trata de una nueva vía de investigación, que sitúa «lo imaginario» en el centro de los estudios medievales. El ejemplo elegido fue la teoría de los tres órdenes. Se trataba de comprender de qué modo se insertó esa formulación ideológica en una sociedad convulsionada por profundas transformaciones políticas que afectaron el marco productivo que sin duda era el señorío territorial. Los tres órdenes pensados por Adalberon de Laon o Gerard de Cambrai eran la oportuna (y reaccionaria) solución que los obispos carolingios daban contra la revolución feudal (este es el sentido exacto de la adversativa del título de la obra): dos modelos que entraron en conflicto, uno frente a otro, y se desarrollaron como modelos divergentes, el triunfo de uno es el «eclipse» del otro. El seguimiento de estas dos formulaciones en el interior de una sociedad convulsionada por su recep-

ción llevó a Duby muy lejos: a buscar la memoria familiar, a situar la construcción de la historiografía política de los reyes de Inglaterra, a analizar la función de la novela o los tratados de los moralistas parisinos de finales del siglo XII, a pensar de nuevo el significado de la batalla de Bouvines en la cultura medieval, y no solo en la formación de Francia.

El mundo descrito en los tres órdenes es el mundo del padre. Con él la obra de Duby alcanza la cuadratura del círculo: lo que había empezado con una larga investigación sobre el mundo rural le condujo al estudio de la ideología política para concluir con un retorno al principio, a la economía rural, pues en ese momento nos descubre que la crisis del feudalismo debe interpretarse como una crisis del crecimiento agrícola, debido a la inserción en el campo de la moneda y de hábitos sociales y culturales que eran ajenos al sistema de valores campesino.

Los años 1977 y 1978 fueron los más intensos de su vida. El 12, 13 y 15 de abril de 1977 dictó tres importantes conferencias en la John Hopkins University invitado por John W. Baldwin, que dieron lugar a su labor más inusual, el único de esta etapa que lleva anotaciones documentales, toda una sorpresa (una agradabilísima sorpresa) para sus lectores, y que se conoce como *Medieval Marriage*. En junio de ese mismo año visitó Barcelona, para dictar una conferencia para el Institut d'Estudis Medievals sobre la aristocracia francesa. También para entonces fue cuando dio un estatuto definitivo a las imágenes del pasado, en particular al arte, en su monumental libro *L'Europe au Moyen Age* (1979).

TERCER MOMENTO (1979-1986)

París, febrero de 1979. Hace ya algunas semanas que Duby ha reemprendido las lecciones en el Collège de France, y está aún bajo el impacto que ha producido su último libro sobre los «tres órdenes». No se comenta otra cosa en París. Se toma un respiro y se dispone a hablar a las claras. Se sienta delante de un magnetofón que coloca sobre la mesa Guy Lardreau, la jo-

ven promesa de la filosofía parisina de aquellos años, y responde a todas las preguntas que el filósofo le arrancó («*arraché*», decía Duby). Habla mucho de la profesión (*métier*), y de lo que conducé a los hombres a hacer y escribir Historia, del sentido de la profesionalidad («*je ne suis pas un amateur, mais un professionnel*»). En una pausa de esas agotadoras sesiones mantiene una larga conversación conmigo en su casa de París (en esos días me había invitado a que hablara en su seminario del Collège de France): le interesa mi opinión de Lardreau y de la filosofía, me pregunta por qué no sigo en ella y cuáles son mis inmediatos objetivos. La inquietud se refleja en su rostro. Estaba sin duda en el momento culminante de su carrera.

Durante los siete años siguientes, Duby diseñó una nueva obra. En esta ocasión trató de buscar una respuesta a dos cuestiones fundamentales de la cultura europea del siglo XII: la caballería y el amor cortés. Invitó a otros medievalistas a que hicieran lo mismo, convencido de la eficacia de eso que en música llaman un «*contrapunto*», es decir, la conjunción de dos, o más, melodías diferentes en una misma obra. Registremos cuidadosamente la aportación de esos años al conocimiento de la Edad Media europea: no es un mero artificio como a veces se les suele calificar, es la manifestación de una nueva navegación, la tercera, como en su tiempo hizo Platón, y en la que tenía depositadas todas sus esperanzas.

¿Se engañaba? No lo creo. Cuando la presentó en la «Zaharoff Lecture?» de 1982-83 con el título de *Que sai-on de l'amour en France au XII siècle?*, estaba convencido de haber encontrado el método que permitiera estudiar la sensibilidad del pasado (ese sueño que tanto había deseado Lucien Febvre y algunos otros miembros de la escuela de los *Annales*); y lo presentaba con el apasionamiento intelectual con el que en otro tiempo se había adherido al estudio de la ideología siguiendo los trabajos de Althusser. De ese modo dio a conocer al mundo la imagen de la mujer aterrada por la violencia masculina, refugiada en los brazos de los confesores a quienes confiaba sus secretos más íntimos. Los textos de esas confesiones femeninas le sirvieron para situar el amor como una pasión del hombre, un impulso

irrefrenable, que en cierto modo entendía como una metáfora del poder en comunión con las ideas de Lacan, que tanto gustaban a los jóvenes parisinos de aquellos años.

Algo parecido hizo con el mundo de la caballería. Durante años se había interesado por Guillermo el Mariscal, cuya vida se encargó en narrar uno de sus hombres de confianza, posiblemente su escudero: estamos delante de la historia de un caballero andante que por sus méritos personales llegó a ser conde de Pembroke (uno de los títulos más codiciados de aquel tiempo) y regente de Inglaterra durante la minoridad de Enrique III, cuyo trono logra salvar en la importante batalla de Lincoln en 1215. Era necesario darla a conocer. Durante algún tiempo la comentó en un programa de radio hasta que su promotor, Jean Montalbetti, le pidió que la escribiera. Al hacerlo, en 1984, en su bello libro *Guillaume le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*, Duby volvió a encontrar la pasión por la escritura de la Historia, que le permitió afrontar la vida de este personaje como si fuera una novela de capa y espada (según propia confesión al periodista Antoine de Gaudemar). Por eso se esforzó tanto en mostrar la imagen de este caballero: allí donde Walter Scott había inventado el pasado en su célebre *Ivanhoe*, Duby lo analizaba por medio de un testimonio de aquel tiempo, matizaba la posición de Scott con ingeniosas apostillas y agregaba información que había obtenido de los mejores especialistas ingleses.

El «Maréchal» conmocionó a más de alguno. Los comentarios eran de todo tipo. Maurice Keen y Arno Borst, los mejores especialistas en la caballería medieval, le fueron favorables. Pero las críticas hicieron mella en él hasta el punto de escribir un prólogo en la versión italiana donde demostraba que ese libro se enmarcaba perfectamente en la línea de trabajo de la «escuela francesa». La tormenta parecía superada. Pero entonces ocurrió algo inesperado. Duby cambió totalmente su actitud. Fue algo misterioso. Para comprender el sentido exacto de ese «*brusque virage*» (para decirlo con sus propias palabras) es preciso volver al momento exacto en el que escribe «*Le plaisir des historien*», cuando me confiesa por escrito (curiosa coincidencia de fechas) que

guarde memoria de todo lo que estaba ocurriendo y que lo analice en profundidad una vez él haya muerto.

Recuerdo la larga conversación que mantuve con él en su casa de París el 30 de enero de 1987, y sobre todo el gesto de despedida en el portal, a medianoche, en medio de un intenso frío, cuyo exacto significado entiendo ahora mucho más que entonces. Aquel día Duby me confesó algo sobre su «compromiso» en analogía a la dimensión tricolor de la bandera de Francia, la bandera de la revolución: pero fue una confesión tan comprometida que, de momento, prefiero no hablar de ella.

EPÍLOGO (1987-1996)

París, febrero de 1987. No puede más. La carga le aplasta. Cede. Acepta todo tipo de encargos de lujo, sobre la vida privada o sobre la historia de las mujeres. Deambula de un lado para otro. Ha cambiado. Y eso se nota. En 1988, publica un libro con el título *Mâle Moyen Age*. Sin comentarios. Dos años después, cuando era ya consciente de no ser él mismo, escribe para Odile Jacob *L'Histoire continue*: un ejercicio retórico sobre la pantalla creada sobre su vida y su obra.

Después de estos desventurados años, cuando ya no es capaz de apartar los ojos de su muerte, viene un momento de concentración, breve, y con la ayuda de materiales que le van pasando, redacta sus notas sobre el mundo de las mujeres. El libro (en realidad una trilogía) se publica entre 1995 y 1996 bajo el título genérico de *Dames du XIIIe siècle*. La desventura de comienzos del 87 ha inundado su espíritu creador. Queda, eso sí, la forma, el estilo brillante, lleno de sugerencias, que recorre la exposición. Pero sus maneras se han vuelto radicales: cambia por ejemplo el tipo de documento (con el fin de hablar de situaciones o conductas que no están recogidas en otro tipo de fuentes), elimina la mayor parte de comentarios paralelos, se desentiende de la historiografía (salvo casos puntuales), añade una fuerte dosis de escepticismo sobre el papel jugado por las mujeres en la política o en la cultura (ellas nunca escribieron, dice en más

de una ocasión), desarrolla sus opiniones sobre la correspondencia de Abelardo y Eloisa, Leonor de Aquitania o la moral eclesiástica dirigida hacia el control de Eva. Esta hermosa trilogía es una nostalgia, un reclamo a sus viejos sueños que quedaron sepultados, un reclamo a todo aquello que había quedado atrapado en una tupida red de intereses y confusiones. Al cansado anciano que escribe *Dames du XIIIe siècle* la púrpura ya no le interesa en absoluto. El proyecto al que se había entregado desde 1987 tenía el techo de cristal. Sólo ansía volver al tono y al lenguaje de finales de los setenta. Necesita ese glorioso estío para el invierno de su desventura; pero no estoy muy seguro que lograra escapar de las hondas entrañas del océano al que le habían conducido.

Nota.- A propuesta de los Académicos Numerarios Señores M. de Riquer, J.M. Font Rius y F. Udina, y tras los trámites correspondientes, el Prof. Georges Duby fue elegido Académico Correspondiente por París el 29 de enero de 1981.

BIBLIOGRAFÍA DE G. DUBY CITADA

- La Société aux XIe et XIIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953 (NE. París, SEVPEN, 1971)
- Histoire de la civilisation française*. París, Colin, 1958 (trad. México, FCE, 1966).
- L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval*, París, Editions Montaigne, 1962 (trad.. Barcelona, Península, 1968).
- Medieval Agriculture, 900-1500: The Fontana Economic History of Europe*. t. I: *The Middle Ages* (ed. Carlo M. Cipolla). Londres, Collins, 1971, pp. 175-220.
- Guerries et paysans (VII-XII siècle)*. *Premier essor de l'économie européenne*. París, Gallimard, 1973 (Trad.. Madrid, siglo XXI).
- Des Sociétés Médiévales*. París, Gallimard, 1970.
- Le Dimanche de Bouvines*. París, Gallimard, 1973.
- Historia social e ideología de las sociedades* en Jacques Le Goff (ed.) *Faire le Histoire*, París, Gallimard, 1974, pp. 147-168.

- Le Temps des cathedrales. L'art et la société (980-1420)*. París, Gallimard, 1976.
- Saint Bernard. L'art Cistercien*. París, Arts et Métiers Graphiques. Coll. Champs, Flammarion, 1976. (trad. Madrid, Taurus).
- Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*. París, Gallimard, 1978. (trad. Madrid, Taurus).
- Medieval Marriage. Two Models from Twelfth-Century France*. Baltimore & Londres, The Johns Hopkins University Press, 1978 (La versión francesa ampliada en el texto, pero sin notas lleva el título de *Le chevalier, la femme et le prêtre. Le mariage dans la France féodale*. París, Hachette, 1980 (trad. Madrid, Taurus).
- L'Europa au Moyen Age. Art roman, art gothique*. París, Flammarion, 1979.
- Georges Duby / Guy Lardreau: Dialogues*. París, Flammarion, 1980.
- Que sait-on de l'amour en France au XII siècle?*. Nueva York, Clarendon Press-Oxford, 1983 (The Zaharoff Lecture for 1982-3).
- Guillaume le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*. París, Fayard, 1984. (trad. Madrid, Alianza: Col. Biblioteca Alianza: Editorial 30 Aniversario).
- Le plaisir de l'historien, en Essais d'ego-histoire*, París, Gallimard, 1987, pp. 109-139.
- Mâle Moyen Age, de l'amour et autres essais*. París, Flammarion, 1988. (Trad. Madrid, Alianza).
- Dames du XIIe siècle*, París, Gallimard, 1995-1996 (trad. Madrid, Alianza).